PORFIRIO DIAZ MACHICAO

HISTORIA DEL CHACO

SEGUNDA EDICION

La Paz - Bolivia
1976

Litografías e Imprentas "UNIDAS", S.A., La Paz.
Impreso en Bolivia por:
Depósito de la cubierta: Pedro Shimose.
Depósito Legal: I. F. P. N° 546/71.
Oasilla 1510, La Paz, Bolivia.
© Editorial DIFUSION LTDA., 1976.
La Edición 1 - 1976.

"30 LECCIONES SOBRE SANTA CRUZ."
"VILLARROEL — MONJE GUTIERREZ", en preparación.
"TERNARIENDA."
"TORO — BUSCH — QUINTANILLA."
SORZANO."
"SALAMANCA — SUCRE — LA PAZ."
"GUZMAN — SILES — BLANCO GALINDO."
"SAAVEDRA."

HISTORIA DE BOLIVIA

"TESTIFICACION DE LA CUESTION."
"ANTOLOGIA DE LA ORATORIA."
"ANTOLOGIA DEL TEATRO BOLIVIANO", en prensa.
"CRUZ DE PIEDRA", novela.
"ROSA Y VERSO DE BOLIVIA", antología, 4 tomos.
"MARIA DE LA PAZ Y SUS CHECHES", novela.
"CAUCE DE PALABRAS", cuentos.
"BOSQUEJOS DE ESCRITORES", investigaciones históricas.
"HISTORIA DEL CHIQUITO", novela, tema histórico.
"LA BESTIA EMOCIONAL", antropología.
"LECCIONES SOBRE BOLIVAR", biografía.
"BOLIVAR Y SANTANDER", biografía.
"MEDIGARELO", biografía.
"SALAMANCA", biografía.
"VOCERO", novela.
"LOS INVENCIBLES", novela policíaca.
"EL ESTUDIANTE ENAMORADO", novela.
"CUENTOS DE DON CELSO."

OBRAS DE FONTANO DIAN MACHICAO:

P. D. M.

Bolivia.

Este historia es tramado del mundo

POEFIRIO DIAZ MACHICAO

De cúpula de azur y ala de sueño,
Mido Mineva un templo soberano,
Y en mi "Atenea", como dios pagano,
Reynolds, en fulgor de ensueño.

Ayuda en vuelo, el escritor pacefio,
Que en "Hacia Emoción" el cotraxón humano,
Y en "Quilco" el corazón humano,
Pinto el alba en luminar trigueño.

Rico la luna el "Mamoré" sonoro;
Y tallo moles de peñón crispado,
En "Pinsch", "Saavedra", "Salamanca" y "Toro".

Vuelo "La Sierpe" en su volcán de lumbre,
Y ante las hordas del Cacique alzado,
Gando a la Paz en temperad de cumbre.

JAVIER DEL GRANADO

PROLOGO

Este es un libro que nació con suerte. Explicaré por qué.

Primero, porque el editor Ernesto Burillo —cuyo nombre cuenta cifras de gloria en la historia de la bibliografía boliviana— realizó la primera edición, en forma primorosa, con dibujos del gran poeta y artista Pedro Shimose. Y —es to es lo importante— porque esa edición me fue obsequiada generosamente como un homenaje al viejo escritor y amigo, lo que ha de tener constancia en letra de molde que es la más difícil de emplearse en actos de gratitud y amistad.

Segundo, porque la "HISTORIA DEL REY CHIQUITO" es una de las felices investigaciones históricas convertidas en novela y que ha llegado a cautivar el corazón y la inteligencia de los jóvenes bolivianos. Si eso no fuera cierto, el lector no tendría esta séptima edición en manos.

Por todo ello entrego nuevamente el libro a los lectores con un gesto amable de reconocimiento.

Acaso sea cierto que lo que escribo vale algo. Gracias.

M. D. F.

sangre y sacrificio como fue el Cerro de la Paz a él, Rey Moro, rey pequeño de una historia de no superior. ¿Por qué le hemos de olvidar, pues, vendas y sacrificado como los ángeles de todas las leyendas de un indio casi niño, valiente como los principes encantados de Ionia. Pero nadie ha referido hasta hoy —que yo sepa— la Historia del Rey Chipiurio, la apasionante historia de un indio casi niño, valiente como los principes encantados de todas las leyendas y sacrificado como los ángeles de olvidar, pues, no superior. ¿Por qué le hemos de una historia de él, Rey Moro, rey pequeño de una historia de sangre y sacrificio como fue el Cerro de la Paz

I

Tupac Amaru, Tupac Katari, Bartolina Sisa... Ellos absorbieron para sus nombres todo el aire trágico de la historia de los alzamientos indígenas allá por el año de 1871 en la ciudad de La Paz y en las cercanías de Azángaro, Cuzco y otras del Perú.

Pero nadie ha referido hasta hoy —que yo sepa— la Historia del Rey Chipiurio, la apasionante historia de un indio casi niño, valiente como los principes encantados de todas las leyendas y sacrificado como los ángeles de olvidar, pues, no superior. ¿Por que le hemos de una historia de él, Rey Moro, rey pequeño de una historia de sangre y sacrificio como fue el Cerro de la Paz

realizado en ese 1871 por Tupac Katari y sus compañeros indígenas?

Vale en este su tesón de guerrero, su astucia de jefe y su vehemencia juvenil. Todos los reyes jóvenes son hijos de la gloria y si en ellos se reúnen las premisas que no gusta de seres terrenidad de la Historia que no gusta de seres vulgares sino de individuos capaces de robar el fuego sagrado a los dioses. El Rey Chipiuto tiene su bisturí de sacrificio y de sangre, como si el destino lo hubiese colocado un rubí en lugar del corazón.

En aquellas épocas todas las toponimias sonaban a tragedia **y el nombre del Rey Chipiuto** animaba vivaz de los vientos huracanados, se confundía con el de las comunidades y comarcas aymaras que habían decidido tomar la ciudad de La Paz para concluir con todos los españoles. Y el cerco duro meses y meses, alrededor de la sufrida urbe apretada por un cinturón airado de indios en rebelión. En cada nombre de poblón territorial surge el signo de cifras elevadas de sitiadores: San Pablo del Desaguadero, Curahuni, Tiahuanacu, Pucarani, Huarina, Laja,

Viacha, Jesús de Machaca, San Andrés de Machaca, Santiago de Machaca, Caquiaviri, Topoco, Ayoayo, Sicasica, Calamarca, Caquingora, Palca, Sapahaqui, Achocalla, Mecapaca, Collana, Chanca y Calacoto. Esa es la dimensión del cerco, cada pueblo de aquellos contribuyó con sus abusos de los españoles y de resistir el viejo imperio por imponer la voluntad de Katari se hizo presa de las aguas del Chuquiyapu para detenerse sobre las calles frías y silenciosas y arrasar con todo vestigio humano. Solamente por hacer realidad la ley India se incendió sus puertos y sus casas, se volo sus puentes, se fundió sus campanas, se violó sus mujeres y se mató a sus niños... ¡Ah, ley bárbara de la guerra!

Todo un mundo civilizado por la cruz hubo de vivir arrodillado por mucho tiempo, im-

Todo esto comenzó acaso mucho antes de que viniese al mundo este vagabundo extraño, legendario y admirable, llamado el Rey Chiquito.

Un rey pequeño, para grandes desventuras. Un rey moro para vicios dolores. Pero una vida, al fin, una vida real y cautivadora, una vida —como todas— hecha para la inesperada muerte.

plorando a Dios, por sobre las nieves eternas del Illimani. Todo un imperio de habla castellana iba a resistir el empuje de un otro imperio cada: el de los indios. Y la muerte, impávida cegaba de la ira, iba a ser el alma comedida de todos los días, en medio de los ardientes combates, en las horas sin pan y sin sosiego.

La multitud india rugía en el cerco, dispartando pedreros, bombas, pólvora enfurecida, piedras ciegas que semejaban el granizo. Solamente, de vez en vez, el toque de las campanas de los templos daba la razón de que una voluntad fuerte custodiaba el destino de los sitiados: la del Comandante Sebastián Segurola. Y en los labios de madres y niños se sostenía, con hálito cada vez más débil, la oración a los cielos, implorando misericordia.

Ninguna ciudad más heroica que esta de La Paz en 1781 y en todos los tiempos. Su sino fue el sufrimiento, por los siglos de los siglos, así hubiese rendido en sus faldas el imperio indio, o la ley de la conquista o el desafuero de la república. Ella tuvo que sufrir el choque sempiterno de las pasiones.

Y la crueldad esclava sembró por doquier el terror, el robo, el saqueo, el agua desbordaba de sus cauces normales.

Tupac Amaru había extendido el movimiento indígena por el altiplano y la crueldad esclava sembró por doquier el terror, el robo, el saqueo, el agua desbordaba de sus cauces normales. Multitud inmensa que semejaba, en el cerco, un arcoiris maldito: la sierpe, la víbora, reptando siempre a toda hora por las espaldas ásperas de un territorio desolado y frío, con una altura que sólo es medida para el cóndor o el pulmón del hombre andino.

Tupac Katari se había apoderado de El Alto de La Paz, la ceja parda y violenta que limpia sus ojos con el huracán y ahí estableció su cuartel general, comandando el cerco. Abajo, a sus pies, la ciudad, pequeña y aterrorizada, sumía su pavor en medio de las casuchas de adobe y las pequeñas huertas cercadas por tapias encaladas y cubiertas de paja brava por donde resbalaban las aguas de las lluvias. Miles de indios, atronaban día y noche, en el asedio, sus armas y sus tambores. Aquello era una locura indescriptible pero sostenida en días y más días, en días sin fin, en horas crueles que envejecían y hacían encanecer hasta la paja de las techumbres.

II

¿De dónde había venido esta especie de rey encantado? El dijo que de los viejos dominios del Perú y que era descendiente de Tupac Amaru, el alzado que convirtió en viento fuerte las multitudes de indios que vivían en comarcas y comunidades alrededor del Cuzco hasta La Paz, desde Azángaro hasta Sorata y que luego abandonaron sus sembradíos y granados para estrechar el más espantoso cerco que ciudad alguna hubiese sufrido jamás, como aquel de La Paz en 1781. La multitud se convirtió en la vivencia de un nombre: Katari, que en romance castellano es víbora o siempre. Y la ciudad tenía la siempre en el cuello, oprimiéndola sin piedad.

Tupac Amaru había extendido el movimiento indígena por el altiplano y la creciente escasez sembró por doquier el terror, el saqueo, el robo, el asesinato. Multitud inmensa que semejaba, en el cerco, un arcoiris maldito: la sierpe, la víbora, reptando siempre a toda hora por las espaldas éspera de un territorio desolado y frío, con una alma que sólo es medida para el cóndor o el puma del hombre andino.

Tupac Katari se había apoderado de El Alto de La Paz, la ceja parda y violenta que limpia sus ojos con el burgen y ahí estableció su cuartel general, comandando el cerco. Abajo, a sus pies, la ciudad, pedrería y aterrorizada, sumía en pavor en medio de las casuchas de adobe y las pequeñas huertas cercadas por tapias encaladas y cubiertas de paja brava por donde reptaban las aguas de las lluvias. Miles de indios, atronaban día y noche, en el asedio, sus armas y sus tambores. Aquello era una locura indescriptible pero sostenida en días y más días, en días sin fin, en horas crueles que envejecían y hacían encanecer hasta la peja de las tecumbres.

El sangriento cerco de La Paz, el saqueo, el robo, el asesinato, el grito desgarrante de una cerca por dolor y terror, el rodeo.

Ágil, como una víscura encendida en oro por el sol, con la boca llena de un amasijo de coca y cenizo, llegó a El Alto el indio joven. Presentóse al "Virrey" Tupac Katari, jefe de la rebelión, y le dijo que venía a servirlo desde las tierras de Azángaro, patrieta de Tupac Amaru, el otro jefe rebelde.

Julián Apaza —que así se llamaba Katari— ofreció sombra y brebaje al recién llegado.

—¿Pruebes decirme cómo te llamas?

—Soy Pedro Obaya, descendiente de mi Rey Tupac Amaru.

—¿Y que te trae por estos sitios de peligro?

—Mi obligación de servir tu revolución, de manifester vivos y animosos a tus hombres y hacerles saber que nuestro reino volverá a ser lo que fue antes.

—¿Entonces tú eres un rey chiquito?

—Tal vez, no lo sé. Pero vengo de allá.

Acaso habia caminado legnas y legnas, viendo la pampa sin fin, gemando pueblos y aldeas, bordeando el lago Titicaca, mirando con fe o sin ella su santuario y tomando el camino recto hasta la ciá promeredora en donde se alzaba el comando de Tupac Katari.

Miles de indios, alrededor día y noche, en el asedio, son se-
guidos por los españoles.

—¿Te hirieron en un ojo, Pedro Obaya?

—Fue una piedra cuando era niño y pasta-
ba las ovejas en mis campos.

El tuerto Obaya, arrimóse a unos cestos de
coca y recliné la espalda, cansado por la camina-
ta y las muchas preguntas que le hizo Katari,
quien finalmente, le previno:

—Si hubyes o trastas de huir, te matarán mis
soldados, Obaya.

—Mi Rey es Tupac Amaru, señor. Y traigo
buena fe y sangre real.

—Si eres bueno en la lucha, serás lo que
debes ser: Corregidor o Comandante de La Paz.
Depende de ti, Rey Chiquito...

Un cielo amoratado, violento y violento, de-
jó caer por las orejadas un trayo. Luego, el
trueno fue una voz aterradora que ganó todos
los cortaxones.

Fue uno de esos días del cerco.

Fue una piedra cuando era niño y pastaba las ovejas en mis campos.

III

No había solución. La ciudad resistía como un fuerte. No cedía. Se habían hecho todos los ensayos que aconsejaba la astucia y la táctica. Se había acumulado pólvora traída de Sicasica, y preparada por unos nativos cobreteros de esas pampas inhóspitas, se había dispuesto, por mano de un experto, la carga de los pedreros. Se había trabado y castigado gente en vano. Se había trabado de violentar, hasta la suerte, el seno de la ciudad que parecía dormida o agónica y que, sin embargo, no se rendía. ¿Qué otros recursos podía brindarle la guerra a Tupac Katari? Porque, en verdad, su gente comenzaba a sentir cansancio, desertando cautelosamente hacia las que-

—Un español, un criollo, un indio traidor. Las tres... que las tres... ¡Todo el Imperio inca!

El Rey Chipiulio asomó al corredor.

Incaico sería restituido sobre la tierra india! Cuzco del ensueño. ¡Todo el Imperio del Cuzco o bien Buenos Aires, quién sabe! Hasta casas, semejan el pájaro y tomar todas las artes, haciendo volar candelillas para incendiar las el asedio bastarán los pararones y trincheras, el asedio con que tres mil indios emplearían bolas, el día en que caigáis bajo mi dominio!...

Sonaba con tres mil indios emplearían bolas, el día en que caigáis bajo mi dominio!... ¡Ay, españoles! Y cómo? —Brillaba en los ojos de Katari una por el pecho y las espaldas?

—¿Por que no pretextar que viene un auxiliar a degüello con los españoles y los criollos? Hacer una ventana, para pelear por ella y consad abrirse siguiera una pelea, para jugar que la ciello. ¿Que podían hacer para jugar, así son asilo para el próximo.

Katari llamó a sus generales y consultó con bradas que van a los Yungas y cuyos pobres

—¿Tienes alguna idea, Obaya? —preguntole Katari.

—Como tener, tengo muchas.

—¡A ver, a ver! Tú que pasas los días y las noches animando a los rebeldes en los campos cuando a los jinetas, tú que no permites flaquezas en los ánimos, a ver, Rey Chipiulio, tú...

—¿Pues hay que hacer? Eso es bravío. Luego el español sabe de su midol Eso es bravío. Luego el español sabe de su midol Eso es bravío. Luego el español sabe de su midol

—¿Quién, Pedrito? ¿No puedes imaginar más rápido?...

—Imagino, "virrey", imagino... Pero no se me ocurre un nombre.

—¿Quién?... ¿Quién?...

—¡Ya está!... Que sea Diego Ofitas quien ofrece mil hombres, desde Callampaya, que quien ten salvar la ciudad que está en peligro...

—Claro. ¡Y Segurola cerca! Y tendré entre mis manos la cabeza de Segurola!... No sabes, Rey Chipiulio, cuánto me place, eres magnífico en tus ideas...

—Por hoy basta. Retiraos todos a descansar...

VI

La noche lunada cuando se retiraron Katari, Pedro Obaya y dos jefes más de la rebelión. Una luna triste, de comunión olvidada, se elevaba sobre la infinitud altiplánica. Era un astro frío, abatido por los vientos, una hostia de misterio que rompía la tinieblа.

Sentáronse en el suelo, rodeando un tapiz tejido de lanas multicolores sobre el que hojas de coca se agitaban tímidamente por el aire que se colaba a través del rueco. Un viejo vio en ellas y predijo:

—Puede salirnos bien. El Rey Chipiulio parece un ser afortunado. Que siempre le siga Dios...

Pedrito Obaya sintió el halago de las palabras del indio envejecido y declaró:

—Claro que sí, "virrey". Todo saldrá bien.

—¿Y que propones?

—Pues es fácil. Escribimos una carta al Comandante Segurola firmada por ese Diego Obliras y el lobo cae en la trampa.

Tupac Katari encarecio su ambelo:

—Que nuestros mayores te oigan, Rey Chiquito.

Planearon. Serían, las ofrecidas desde Campaya, tropas de auxilio para Segurola. ¡Mil hombres que desalojan sal para La Paz! Serían gente dispuestas a colaborar con el español, inducirlole a caer en el engaño. Para el efecto distraerían a algunos indios con tropas militares del enemigo, los mismos que simularían llamar al salvador. En cuanto éste se aventurase fuera de sus cercos fortalecidos, ellos caerían sobre la ciudad y la inundarían de caudelillas para incendiarla, pasarían a degüello a los chapetones, matarían a los blancos serviles y conservarían solamente a los mestizos para que

manejarían las armas. ¡Ah, el ensueño del Virrey y su consejero!...

—Me parece bien la treta —aseguró Katari.

—¿Cómo la realizamos?

—Como hemos dicho. Tendremos lista la gente para el momento oportuno. Pero ahora, escribamos la carta.

La dictó un indio que sabía de letras y casellano:

"... Muy señor mío y todo mi aprecio... Por cuanto nos hallamos en este lugar de Callamaya con mil soldados de ver el peligro en que se halla esa ciudad... hago saber por ésta a V. Señoría para que nos dé auxilio para nuestra entrada por el riesgo de los enemigos... V. Señoría no recele de ésta que para ello traigo buenas armas y buenos gefes que ya por todo aquel lado de Sorata hemos dado avance... V. Señoría salga sin recelo alguno para que de este modo demos el combate de ambos lados... esperamos su respuesta con este **cañari** quien va bien instruido para que pueda entrar y por no haber tiempo... para nuestro Señor guarde la apreciable salud de V. Señoría los

años de mi deseo... de este lugar de Callam-
paya y hoy vientes del que corre de veinte y sie-
te de abril de setecientos ochenta y uno... Be-
so la mano de V. Señoría su afecto... Quien de-
sea verle..."

—¿Pongo la firma?

—La pones: "Diego Obligas". ¡Y Segurola
cae!

Diabólicamente, Katari demostró su satis-
facción.

Siguió el plan.

—Bueno. ¿Y quién lleva la carta hasta la
ciudad sitiada?

Hubo un largo silencio. El compinche comen-
zaba a exigir la voluntad humana puesta a
prueba.

Katari buscó en la mente al hombre de sa-
crificio. Había uno en quien no confiaba de-
masiado, un hombre que nunca supo entregar-
se del todo a la servidumbre por el mandón.

¿Podría ponerle a prueba?

—Bueno —dijo, al fin— ya tengo al hom-
bre. Será el indio Antonio Zúñiga: es fuerte, sa-
no, tiene un arte de guerrero que no perderías
en batalla alguna.

—Pues bien. A ese hay que enseñarle to-
dus las mentiras que debe sostener ante Segu-
rola, si es que llega a su frente.

—Y que entre por el fuerte de San Sebas-
tián, sin miedo alguno, gritando paz, pidiendo
auxilio —aconsejó Katari.

La luna se acomodó sobre ellos, dejan-
do proyectar sus luces sobre la tierra árida.
Un silencio presidió el momentáneo devaneo
de masticar hojas de coca. Luego, Katari, per-
suasivo, insinuó:

—Es una aventura estupenda, grande y be-
rroica. Si ganamos en ella, La Paz caerá en nues-
tras manos. Pero... ¿Y no podría fallarnos?

—Siempre que el indio Antonio deserte en
lugar de llegar al fuerte de San Sebastián —res-
pondió el Rey Chiquito, viva, como una vici-
ña joven.

—Ah, pero hay un remedio para esa duda,
Rey Chiquito...

—¿Cuál?

—El que alguien le acompañe hasta los ale-
daños de la ciudad y entre con él, si es posible,
a su recinto...

Un nuevo silencio. Una bisagrada zozobra del hombre, más responsable aún que el otro, acaso más valeroso.

Entonces Obaya percibió la voz del viento. ¿Venía acaso desde Tugasuca o Azángaro, con el mando supremo de Tupac Amaru, su rey? ¿Acaso le hablaba la desesperación de los suyos?

El Rey Chiquito, sumido en éxtasis, regocijo de pronto.

—Iré yo con él, Tupac Katari. Iré con él. Y seremos dos héroes en lugar de uno. ¡Ya verás cómo cogemos a Segurola!...

Luego, el moxo clavó la vista en la luna pálida y vio en ella unos signos extraños.

—¿Ves, Katari, que también en la luna hay unas montoneras negras y densas?...

—Las veo, Pedro, las veo...

El plan quedó definido.

V

oncluía el mes de abril, sereno y apacible en sus cielos y su atmósfera, con sol radiante que caía sobre el verde oscuro de los eucaliptus y la alegría de las huertas con sus verdajos de diversos tonos. En las tierras de nadie, solían asomar ladronces de ambos bandos para robar en las chacras los pocos frutos que quedaban: algunas patatas, algunas ocas que parecían hervir con la tierra recalentada y temporal.

Katari preparó la treta con todos sus detalles: el indio Antonio Zúñiga que era la vanguardia pacífica que se iba con la carta hacia el fuerte de San Sebastián. Y detrás de él los falsos españoles, todos indios disfrazados con uniformes

mes de militares muertos en pueblos que deja-
ron atrás, en el altiplano, y delante de ellos, mon-
tado en caballo brioso, hurtado en otro poblado
a un millic ibero, el Rey Chiquitio, dispuesto a
allegarse a los contornos mismos del cerco para
implorar "auxilio" para las tropas que simula-
ba la carta de Diego Ofilras. El Rey Chiquitio
llevaba una montera "con filetes de galón o una
trencilla" y cartucheras de terciopelo encarna-
do, todas prendas de realistas caídos en las al-
deas que antes fueran saqueadas por la rebelión
de las brillantes viboras.

En tanto subía el tono de la albarca de los
auxiliadores falsos, el indio Antonio Zúñiga, ves-
tido con sus mejores ropas, avanzaba resuelta-
mente a cumplir la misión confiada por Tupac
Katari y su segundo, el Rey Chiquitio. Mistico,
sobrio, astuto y resuelto, llegó a las puertas de
la atrincherada ciudad en donde fue aprehendi-
do por gentes de Segurola. Luego, fue conduci-
do ante éste para que cumpliera su designio:

—Señor, te imploramos ayuda —dijo Zúñi-
ga al Comandante, entregándole presto la misi-
va malamente escrita y concebida por Tupac Ka-
tari, Pedrito y otros cabecillas.

Y detrás de él los falsos españoles, todos indios, disfrazados
con uniformes de militares muertos . . .

dos todos, Antonio Zúñiga, el corto indio, fue nuevamente interrogado:

—Pues aquí nos dirás la verdad.

En ese instante pasó un viejo propietario de las regiones mineras de Sicasica, un linaje apellidado Núñez, quien reconoció a su antiguo esclavo, diciéndole de inmediato:

—Zúñiga, ¿que hay?... ¿Eres tú quien trajo la carta de Katari?

El indio Antonio Zúñiga vio todos sus cielos nublados. Ahora en adelante no le quedaba sino la perspectiva de la muerte y de la esclavitud. ¿Qué harían con él sus verdugos? Por lo pronto, sacando fuerza de flaqueza, respondió a Núñez:

—Sí, soy tu antiguo esclavo, me llamo Antonio Zúñiga y vine desde muy lejos para servir a mi Virrey Tupac Katari... Pero no tuve más misión que ésta. Todo lo demás ignoro...

Segurola volvió a reír sarcásticamente y a gritar con acento cultureciido:

—¡Sabes muchas cosas más, perro indio, que pronto las dirás en el calaboxo!

—No dire nada porque nada se...

El comandante empleó totalmente su mirada en el indio y sonrió, desafiado, como siempre, receloso, prevenido como en todos los días del cerco. Leyó la carta y surgió en él su airo procaz e irascundo:

—¡Mientes, bellaco, mientes mil veces! Dirás desde la espelunca, una carta como ésta. Zúñiga sintió el frío de la muerte calándole los huesos. Pero quiso ser fuerte.

—¿Cómo te llamas, perro? —trujo Segurola.

—Me llamo... Me llamo Juan Cruz...

—¡Mientes, sucio, mientes siempre como todos los otros! ¡Di de una vez por todas! ¿Cómo te llamas, en verdad?

El indio Zúñiga quiso ser íntegro y valeroso para seguir mintiendo. Pensaba en el imperio de su casta y de su tierra abortgen, avasallado por los europeos. Y mintió una vez más:

—Me llamo Antonio Mamani...

El Comandante ordenó que le llevaran a su casa para seguir interrogándole, mientras citaba a algunos hombres de su confianza. Reuni-

Y sus palabras se perdieron en el ámbito ga-
nado por la obstinación y la tiranía.

—¡Ea, soldados, que le lleven a la cárcel!...

El indio Antonio Zúñiga, emisario del Vi-
trey Turpe Katari no volvió a ver más la inmen-
sidad de sus cielos de altiplano, ni a oír la pa-
labra embriecida de sus vientos en las tardes
aplanadas por el sol implacadoso que caía como
un castigo.

VI

Arquímola, desde su observatorio, veía por
todas partes la mancilla vana y torpe. Empero,
muy pronto, delante del fuerte de San Sebastián,
por donde había penetrado el indio Antonio Ze-
bate, se presentó, caballero en rocín alegro, ve-
tido con prendas extrañas, el Rey Chipiuio, an-
sioso por imponer el engaño convenido:

—¡Auxilio, auxilio! — gritaba estentórea-
mente, con su voz joven y fuerte, empleando

No cabe duda —dijo Segurola— tú eres desahogado, avieso y picaresco. Tu carta ha calado hondo...

pertanza vana que la carta, corrida de voz en voz, día de la salvación o de la muerte. ¡Y esta es-tuviran de precez elevadas a Dios, esperando el tabe sembrada en todos los hogares que sólo se los cuerpos de las petacas familiares donde an-hambre y eran convertidos en alimento todos zaba ya a comer mulas muertas para saciar el

Era verdad. La pobre gente cercada comen-

—No cabe duda —dijole Segurola—, tú eres desahogado, avieso y picaresco. Tu carta ha calado hondo en la gente de la ciudad que ha caído en el anzuelo que has inventado. Pero, ¡tú también mientes, canalla...

Era verdad. La pobre gente cercada comenzaba ya a comer mulas muertas para saciar el hambre y eran convertidos en alimento todos los cuerpos de las petacas familiares donde antaba sembrada en todos los hogares que sólo se tes se guardaban ropas y joyas. La tragedia es-día de la salvación o de la muerte. ¡Y esta es-peranza vana que la carta, corrida de voz en voz,

HISTORIA DEL REY CHIQUITO

su cabalgadura a fuerza de acicate para ser escuchado.

Todo fue fácil. Los españoles le facilitaron el ingreso a la ciudad y le pretadieron luego para llevarlo ante el Comandante Segurola.

Esta vez se produjo el duelo de la inquisición y la resistencia, la pregunta y la negativa. Pedro Obta, el encarcelamiento y la vuelta a Segurola acerca de su treta. ya, el niño muerto, no daba paso atrás y trataba de convencer

las preguntas que el instinto militar de Segurola le exigía:

—¿Qué profesión tiene?

—Sastre.

—¿Y por qué eres el Rey Chiquito?

—Porque así me lo dijo Julián Apaza, a quien le llaman el Viritey.

—¿De dónde viniste hasta El Alto?

—De Puno a Copacabana, como novenante, cuando en este pueblo se levantaron los indios y pasaron a degüello a todos los forasteros y españoles. Me ocurrió en casa del Cura e invenié ser sobrino de Tupac Amaru. Entonces los que pueden matarme cambiaron su odio por cariño y me trajeron hasta El Alto para presentarme a Julián Apaza.

—¿Y qué quiere Julián Apaza?

—Cuando habla con el desertor Mariano Morillo —que maneja los dos pedreros— dice que su deseo principal es ganar la ciudad y hacerse de todas las armas con que se halla guarnecida y que así, armados, podrían resistir cualquier clase de tropas. Incendiarían La Paz.

—¿Qué más?

Comandante. En ellos abrolvía a su modo todas

habia depositado en todos los cotaxones, aumentaba la furia del Comandante!

—¡Os mataré a palos, malas gentes! Vosotros queréis nuestro holocausto, pero os aniquilaremos muy pronto... Tu Viritey morirá como el lo quiere y todos los tuyos. Y el indio Zuñiga y tú, malandrín...

Las gentes, apegadas al Comandante Segurola, como Don Tadeo Diez de Medina, con fruición pública, llenaban al adolescente de denuestos.

—¿Rey Chico?... ¡Oué ha de serlo, malsín diabólico, caudillo arbitrista, feroz y traidor!...

Unos más adoctorados decían:

—Un **quid pro die** de los diablos...

En una profunda introspección, el Rey Chiquito, sonriendo con sarcasmo, se repitió a sí mismo: —Sí... la luna tenía unas manchas muy negras... muy negras... ¿Y qué le vamos a hacer ahora? Pues, seguir mintiendo hasta donde se pueda...

Soporto unos largos interrogatorios con el

—¿Y que hace con las mujeres el tal Apaza?

—A las mujeres jóvenes... A unas las separa para sus criadas, a otras las hace casar con indios. Y las hace matrimoniar un Padre Agustino que no se cómo se llama... pero que parece venido de Tiquina.

—¿Y de otros curas?

—Ah, el Padre de Huaqui, un tal Limachi, lo mantiene al tanto de todo y le escribe con muchas frecuencia. Ese **tata** es el depositario de la plata labrada que hurtan en los pueblos. Pero una vez, se presentó un franciscano, mientras no estaba el Virrey, y los muy brutos lo maltaron. Cuando Apaza retornó al sitio y vio el cadáver fixo demostración de sus sentimientos y le puso sobre el pecho el Sacramento de la Iglesia de Achocalla que tenían guardado en un altar portátil...

—¿Y que saben de la Plata y de las Villas de Oruro, Potosí y Cochabamba?

—Hummm... Parece que vienen cuatro mil españoles con más indios que les siguen... Así se lo avisaron unos indios que vinieron el mes de Huaylliamarca... Que parece que han si-

—Aseguran que tienen dos pedreros más en el pueblo de Zepita, ganados en la ciudad de Chuquito al General Ramón Moya...

—¡Hola, hola, ahora pones a Moya en el cuento!... ¿Y la polvora, Rey Chiquito?

—Unos cobeteros de Calamarca trajeron mucha, pero la van consumiendo. Creo que quedan unas talegrillas. A cada uno de los cuatro cobeteros Apaza les pagó a un costo de cosa para que fabricasen más polvora.

—¿Y las balas?

—Las fabrican en El Alto cuatro herreros. Usan plomo y estaño, fundén perolas, platos de peltre, tinteros de plomo. Todos esos metales son producto del robo realizado en los pueblos. A este mismo fin tienen destinada una campana que sustrajeron de la torre de la Iglesia de San Pedro...

—Sí, lo sé, tuerto, lo sé... Se han llevado una campana del templo que está en los extramuros. Pero ya la rescataremos...

—Las otras cuatro campanas las usan para llamar a misa y rezican con ellas siempre que les da la gana.

tiado Oruro... Que parece que vienen otros soldados de Buenos Aires... Que parece que Pando está sitiada por indios del Desaguadero, Zepita, Pomata, Juli, Ilave, Acora, Chucuito y San Antonio... Que parece que las gentes de Ilabaya están en guerras con los indios de Achacachi... Y los de Ancoraimes y Carabuco...

Se irritaron los nervios del Comandante que descargó una bofetada en el rostro del indio mudo, diciéndole:

—Te quedarás conmigo, gramuja, hasta que acabes de cantar lo que sabes.

Y lo envió a una pieza interior de su residencia.

dio sucio... Pero tú fuiste quien nos insultó por que te arriesgaste, Rey Chiquito, a pedir auxilios y pasar al fuerte de San Sebastián?

Pedrito se puso compungido y casi lloroso:

—Porque Abaya me ofreció cien pesos y me amenazó fieramente de que me ahorcaría en caso de que saliese mal su encargo.

—¿Ah?... Tenías pues un encargo, malcín, lo tenías y jugabas tu vida por él... ¿No sabes, Pedro Obaya, que estás quebrantando el juramento que has dado para decir la verdad?

—¿Y qué se yo de juramentos, señor?

—Pues si no lo sabes, peor fiera serás, in-

VII

desde el Calvario un día, ¿lo recuerdas? Tú fuiste el compañero leal de Julián Apaza que se retiró de nosotros desde ese mismo Calvario, ¿lo ignoras, zopenco?... ¡Todo lo que me llevas dicho hasta ahora no es sino una burda mentira...!

—Así ha de ser, señor...

—¡Así es!... Tú agitaste el sombrero para señalar a los tuyos que ya podían venirse sobre la ciudad sitiada... ¡Y tú eres, tuerto insolente, el Rey Chiquito!

—Yo soy el Rey Chiquito, señor... Yo soy el descendiente de Tupac Amaru, mi rey...

—¿Entonces has mentido, Obaya? ¿Quieres decirme que has mentido?

—He mentido, señor. He mentido porque mi deber era ese. Porque aquí vine para procurar la caída de la ciudad en manos de Tupac Katari... Y luego, porque soy indio, señor, un indio que quiere ser libre y no esclavo...

—¿Te retiraste de tus mentiras?

—Me retiraco de ellas. Pero me mantengo en mi verdad. ¡Yo soy el Rey Chiquito!...

Segurola llamó a sus soldados y les dio instrucciones:

—Ahora llevadle a la cárcel. ¡Que se le acabe ahí la sangre! Y que el Auditor Fermín Escudero haga un proceso de este indio.

Llevaronse a Pedrito Obaya, camino de la cárcel.

VIII

lla, arrimados a El Alto, bajaba el son monótono de la danza ebria de los siliadores. Ese era el pan de cada día para La Paz, cuya entraña malhecha, comenzaba a mostrar los signos irreparables de la guerra: hambre, peste, exterminio, asalto, robo... Como una doncella raptada en acción de piratería, la ciudad joven, decaía cotidianamente bajo el dominio de la sierpe india. Cada día más muertos, más agónicos, más desesperados. ¡Ah las cifras de la desesperación en sus signos de locura! Los indios seguían en su ruta la india en el cinturón trágico que había puesto a la ciudad. Desde las cimas del Calvario y de las orquedades que fruncían los senos de la vi-

danza: masticando coca y apretando el cinturón del cerco, sin piedad, sin dejar una esperanza al espíritu de las gentes aprisionadas en la cuesta heroica y semidormida.

Cuando el Auditor Fermín Escudero asomó sus apretados jurídicos de procesador a la cárcel donde purgaban sus delitos los indios Zúñiga y Obaya, el tiempo de morir se podía en mora. ¡Pero acaso los héroes ya estaban en su último camino!

El indio es como el ave de los campos infinitos: no soporta la prisión. Mima o cárcel, palacio o ciudad, le envenenan la sangre y le consumen su alegría de vivir. La mazmorra lo asfixia, sin arma o cuchillo, lo anquilla gradualmente, poniéndolo ajeno a toda esperanza y a toda piedad.

Tal hizo Segurola con los mensajeros de Katari, sometefros a la obscuridad de las celdas hasta oirles gemir en la aflorazza inútil. Los indios habían perdido ya, por siempre, el derecho de ver sus horizontes incendiados en los crepúsculos, abatidos por los vientos bravos. Numca más el mosaico de luces de sus cielos, en las

El indio es como el ave de los campos infinitos: no soporta la prisión.

desde Tungasuca hasta Sorata y desde el Cuzco a La Paz. La consigna de Katari a Katari... ¡Pero, cuán amargo el cumplimiento de su ley, cuán trágico su designio!...

Y como al jilguero en la jaula, herido en su albedrío, al indio Zúñiga se le empedrenegeció el corazón.

Creciéronle los cabellos y era como un Cristo de cobre, perdido en los silencios negros de la mazmorra. La carne ibe pegándosele a los huesos y los pómulos no eran sino la reminiscencia de una fea que otros días tuviera vigor y denotara coraje.

—Ay, Tupac Katari, ¿y qué harán contigo si pierdes la partida?

Se le veía a la cabeza todo el paisaje del alzamiento, como un regüero de voces trasmitidas de oído en oído, a través de distancias que parecían imposibles de ganar. Desde el Cuzco... hasta los Yungas, pasando por cientos de aldeas preñadas de odio por los blancos y los criollos que servían a ese Rey invisible que decía mandar desde otros mundos inaccesibles.

noches calladas. Nunca más el alba que venía de países lejanos del sol, anunciada por el furor rojizo del naciente. Nunca más el balido de sus manadas, ni el canto de los pájaros que se mimetizaban en la yareta. ¡Nunca más el mundo libre, ni para el suspiro ni el amor!... Ah, las pampas que bordeaban el terciopelo azul del lago sagrado, cuán remotas e inalcanzables. Y todo, todo, reducido a los mancilones obscuros de las paredes de la prisión.

Al indio Zúñiga comenzó a dolerle el corazón. ¿Resistiría este sometimiento a la cavernaj ¿Por dónde iba a salir su voz para ir en alcance de la mujer y de los hijos, perdidos en las minas de Lauran, allá por las paramera de Sicasica? ¡Ah, Tupac, cuán grande el sacrificio que exigías de tus pobres gentes!

Zúñiga pensaba. Era el choque de dos mundos: el uno, empujado por la codicia del oro y la plata, la sed de mando, el deseo de aherrojar a los indios. El otro, la necesidad imperiosa de restituir el linaje de los incas, explasando a los españoles o exterminándolos. Esa era la bandera de Tupac Amaru, su lema heroico trasmitido

La tisis le trompla el pecho. Y no había quién le diera, por piedad, siquiera una hoja de coca para masticarla y conseguirla en sedante. Nada, nadie. Ahora estaba en las garras del león, imposibilitado para vivir, alejado por siempre de toda libertad y todo amor y todo deseo.

¡Ah, qué contraste amargo, ver que los pulmones se le cierran a quien tiene que tragar los vientos de la altiplanicie!...

Muy pronto, Zúñiga estuvo piel y huesos.

Luego, la rueda en torno a la ciudad, comandada por el Virrey y su Bartolina, enloquecida por destruir los timpanos de los sitiados con el mismo "bum-bum", repetido hasta el cansancio, repetido hasta la monotonía que se hace segunda naturaleza en el verdugo y su víctima.

—Ay, Tupac Katari, si no ganas tu victoria ¿Que será de nosotros? ¿Nos dominarán por años y años, mandándonos trabajar en las minas, empleándonos de cortes, como a los gatos nacos que no sienten cansancio en la carrera? ¿Se estrellará siempre el latigo en nuestras espaldas?

Su propia tos, casi asfixica, le respondía. El sudor frio ganaba sus sienes y ese era el cabello de su ser que se perdía en la mazga de sus cabellos jesucristianos. Tenía treinta años, pero se diría que estaba en la senilidad.

Recordaba el día que ganó las trincheras de San Sebastián portando la carta del Virrey para engañar a Segurola. Todavía estaba fuerte y ninguna fatiga le hacía mella. Podía subir y bajar por las faldas de El Alto diez veces en un solo día. Pero ahora...

IX

Pedirlo Obaya dejara de sostener diálogos directos con el Comandante, prisionero en su propia casa. Ahora le habían entregado a la voluntad del Auditor de Guerra, Don Fermín Escudero, quien le visitaba, allá en cuando, para torturarle con nuevas y más sutiles interrogaciones. El se recogía en su abismo interior y pensaba que muy poco le duraba por decir, y menos aún si aquellos hombres europeos no alcanzaban a comprender plenamente todo el sentido heroico de su vida y la ilusión malograda de su intento. ¿Qué podía importarles de la suerte de un imperio caído en sus manos sino el logro de la riqueza, la ansia

—Yo era el animador, el acalorador de sus hombres. Yo les dije siempre que tuviesen valentía y que pronto esta ciudad caería en sus manos para honra de nuestro Rey Tupac Amaru. Y vine desde las tierras de Azángaro, cantando con todos los pueblos del paso, hasta que llegué al lado de Tupac Katari...

—Sí, lo sé, grandiosa —responsable Escudero— y tu oficio era el de envalentonar a los cobardes y emplumizados, noche a noche, día a día, contra los parecidos de esta ciudad...

—Esa es nuestra tarea, señor.

—¿Y qué más hacías,

—Pedir a mis dioses indios por la suerte de nuestras familias, por nuestras madres y las mujeres y los niños y los ancianos. Pedir que cese la esclavitud. Yo hacía coro con los indios de Tupac Katari para que Dios oyese nuestras súplicas.

—Todo eso me lo han dicho los traidores de tu raza, los otros indios presos que ahora te venden y te entregan a la justicia de mi Rey y señor.

dad del oro y el fanatismo por su Rey invisible y lejano? Lo hacían en servicio de Su Majestad, como represión en todos sus actos, bruscos y mañosos. Mataban en servicio de aquel, luchaban en su beneficio, morían en su honor y provecho, poblaban las tierras indias para su gloria y eternidad. ¿Y por qué no le daban a él, el mismo derecho de suceder por su ley autóctona, por su Inca perdido en la soledad de las brenas del Ande y por su vehemente anhelo de volver a levantar el poderío de otros días?

Cada vez que se presentaba el señor Fermín Escudero, le trataba con más asombro y respeto, pero con indisimulada tirantez.

—¿Recuerdas algo más, Pedro Obaya?

—Recuerdo que soy indio y que cai preso en las manos de Segurola por servir a mi Rey...

—Pero tú también eres un Rey, pero chiquito...

—Señor, soy el Rey Chiquito. Tengo diez y ocho años de edad y adoro a los mitos del mismo modo que tú...

—¿Qué papel desempeñabas en el campamento de los alzados, junto a Julián Apaza, tu jefe?

Otros como yo, en estos días o en los días de mañana, se alzarán otra vez...

—Nada importa, señor, ya he cumplido mi deber. Otros, como yo, en estos días o en los días de mañana, después de miles de lunas, se alzarán otra vez y vendrá nuestra justicia sobre la inmensa familia de los indios. ¿No has visto, señor, que somos tantos y tantos. ¿Crees tú que podrías acabarnos? Tupac Amaru solía referirnos la historia de los incas: moría uno y nacía otro y los dominios siempre estaban sumisos a su autoridad. Así somos ahora y seremos siempre. ¿No has visto que los indios somos como los granos del maíz? No los podrías contar...

Escudero tenía paciencia para oír y anotar porque a él le interesaba dejar escrito todo cuanto testimonio en los papeles del Rey.

Pero, cuando clavó su mirar encontrado y receloso en el joven indio, le vio como a un santo niño, todo encanto y desnudez, desprovisto de inmundas ciliclos, con las manos delgadas como dos hojas que se buscan y entrelazan para que no se lleve el viento, con los ojos cargados de crepúsculo amarillento y paciente. Para recia anidar cierta santidad en el ser juvenil del Rey Chipiuito, con un ojo tuerto, recuerdo de

—Parece que sí, señor. Pero no importa. Otros lucharán con mayor astucia y fuerza. Y dime, señor, ¿tú sabes algo de mi Rey Tupac Amaru?

Escudero abatió su gallardía y proporcionó la noticia:

—Ha muerto ya, en los días del pasado mes de mayo... Le han puesto a la cinta de cuatro caballos...

Otra vez se le vino el recuerdo de aquella luna manchada que alumbraba el campamento de El Alto.

—¡Señor, los indios somos como el grano del maíz que no se acaba jamás!...

—Pues tú te acabarás pronto... Y ya estás amarillo como el maíz, indecio diecolo...

Escudero abandonó el recinto. Y el indio quedó como el ave prisionera, con el canto sangrando en la garganta, con la protesta convertida en un trallo desigario, con la protesta convertida en un cuajarón de sangre. Sus pulmones se iban acabando.

Angustiado, solitario, irredento, ingresó en los inmensos palacios del ensueño, en los jardi-

—Tu salud se ha ido al diablo, Rey Chiquito.

—¿Te duele algo, Rey Chiquito?

—Me duele estar prisionero, señor.

Físicamente le dolía el pecho. Su respiración salía tronchando cavernas y abismos hasta diluirse en un escupitajo extraño. ¡Ay, unas hojas de coca, como le sentarían bien en este martirio!

una antigua avería de la niñez. Pero así, integral y anormal como era su mirada, el paracia más bien trascender un misticismo servero e irremunciable. Los cabellos, crecidos, le caían sobre la frente y disimulaban la ausencia de sus pupilas. Su fuerza había desaparecido y los músculos eran restos, apenas si podía tenerse en pie, luchando sin embargo, por mantenerse erguido y orgulloso. Dentro de él parecía caber en una apretujada y milagrosa esencia el alma de su raza y de su tierra. Vibraba en su espíritu una guerra que no había concluido y que mantenía su llama viva a través de sus anhelos y angustias. ¡Ah, cómo se vive en la ansiedad, aun cuando sea sobre el escombro de la cante herida!

Inclinó la cabeza en un rincón totalmente obscuro y ensayó con su *Virrey Turpac Katari*, mandando con él a sus tropas de indios alzados, escribiendo la carta apócrifa al Comandante con el anhelo de tenderle un lazo para aniquilarlo. Parecía morir el Rey Chiquito, resumiéndose en un ovillo humano que se cenía a sí mismo en procura de un poco de calor.

Afuera, en los extramuros, estaban agitándose las cuatro campanas de San Pedro. Y sus voces eran vanas, como el griterío inútil de toda revolución fracasada.

nes interiores que se iluminan con su propio sol y se entibian con su propio calor de amor. Le parecía que la pampa, el lago y las montañas quedaban fuera, sin el mundo de Tupac Amaru, sacrificado. Le parecía que los vientos lloraban por la infinitud del páramo, sin consuelo y que, desde ahora, llorarían siempre, por muchos años, sin término fijo... Una lágrima india, grande y azul, era acaso el agua del Titicaca y las montañas, guerreros congelados y hieráticos. Todo aquello era un aire para morir, un avatar gélido, una suma flaqueza y un dolor flatulento, como babia dicho el médico de los españoles cuando puso sus oidos cerca de sus espaldas para escuchar los latidos de su sangre y el eco sordo de su respiración.

—Una suma flaqueza...

—Lloró el Rey Chico sobre sus propios desfallecimientos: todo el convertido en una armazón ósea que solamente sustentaba un alma grande, un espíritu que pariría la libertad con extraordinarios fuegos de piras rebeldes. Pero no eso no era ya nada más que el desmayo de sus facultades.

X

Quinientos días del mes de junio de ese año de mil setecientos ochenticinco. Sin ánimo ya, con sólo la mirada puesta en el cielo opresor de la montaña y en el que veía diplijarse un panorama inquieto de revoluciones, un desencadenamiento de hordas que asaltaban pueblos e invadían templos y, por sobre todo ello, como un enigma de sombras, la recia figura de Tupac Katari en la cuchilla de El Alto, ordenando a sus hombres, el poder indio —consumido en carne— no era sino, en aquella hora de la madrugada, un largo suspiro que espera a la muerte.

Como un Cristo que se contunde con la niebla abatida por el viento y que se pierde en la lejanía de un relámpago, así escribía de Antonio Zúñiga, en los últimos días del mes de junio de ese año de mil

—"Yo, Francisco de Tapia, escribano de guerra del regimiento de esta ciudad... lo reconocí en bastante manera y al parecer había pasado de esta presente vida a la otra..."

El papelucho sobreviviría a los siglos. Así ha llegado a estas páginas, inmortalizando el recuerdo del indio Antonio Zúñiga, tan parecido a San Juan Bautista, acaso por el cuero de oveja que había colocado sobre sus hombros para vencer el frío y esperar la muerte.

Una sugestión de pánico se alzaba desde sus pupilas heladas, en proyección a los tiempos venideros, por los siglos de los siglos...

Había entregado su juventud a la reyuelta, sus fuerzas últimas al alzamiento de Katari y a la sugestión del Rey Chiquito. A estas horas del invierno era un espectro en la Madre Tierra, pronto a entregar su tributo a la Madre Tierra, madre de indios y de campos sembrados, madre de manadas humanas y bestiales, madre común de los hombres.

Seguiría lo había aislado del mundo. Los suyos, sus hermanos, no sabían de este su holocausto. Acaso confiaban en verle regresar por las barrancas de El Alto para reincorporarse al cerco.

Se enfrió totalmente y pasó al orden inorgánico de su tierra querida y esclava: un cadáver más que se sumiría en un pudridero alejado a las trincheras, acaso por San Sebastián, o por San Pedro o a orillas del Choqueyapu, agitado siempre en un grito incomforme, ansioso por mantener despiertas a la piedra y a la montaña.

Y este hombre que fue obsesionado en su tarea de liberación se convirtió, a las pocas horas, nada más que en papel de escribano vil que daba "fe de muerte" por él.

ra resplandecer luego el día del juicio.

sucle perdieron con la nota de sus crímenes pa-
es un enemigo solapado de los hombres y
que le glorifican. Parece que el papel escrito
pos y llevar esta historia a manos de algunos
ta de que sus notas iban a sobrevivir a los tiem-
pre en el ánimo del Rey Moro y no se daba cuen-

—¡Peor!... —Escudero investigaba siem-
—¿Estaba como yo entonces?
—Por anquilamiento y flaqueza.
—Podía ocurrir... ¿Y cómo?
tro Antonio Zúñiga.
—No lo sabes, tuerto... Muric tu maes-
cluido:

XI

o supo el Rey Chipiulio y acaso
se lo hicieron saber interesa-
nadamente para aumentar el
acabar en sus pociimas de re-

dante Segurola, quien pregunta al profesor de medicina:

—¿Y cómo anda ése?

—Muy mal. Comandante. Reconocí en él por-cas horas de vida. Moriré pronto.

Se irgue tiránico el Comandante:

—No permitiremos que mueras en su celda. No deberá morir en la impunidad, señor Auditor. No debe morir sin castigo sus atrocísimos crímenes. Mañana le ahorcaréis, Auditor. ¡Ea, ejecutad, malsana misma! Esta es mi sentencia para el Rey Chiquito: —"Será sacado de la prisión en que se halla cabalLero en una bestia de albarda con una soga de esparto al pescuezo y con voz de pregonero que manifieste sus delitos será así llevado por las calles públicas y acostumbradas hasta el lugar del suplicio y allí será ahorcado, hasta que naturalmente muera, de donde no le quitará persona alguna sin nuestra licencia... hasta pasadas doce horas de como fuere ajusticiado en que descuartizando el verdugo las principales partes de su cuerpo se fijarán en otras tantas picotas en los extremos de la ciudad para que sirva de ejemplo

marcharon a dar parte de este suceso al Comandante Obaya parecía tener un nimbo santo. Era pues cruel torturarle con la palabra, ya que no se podía más con los hechos.

—Te diría que me duele mucho, aquí, en el pecho, arriba... Pero te alegrarías, señor...

Escudero reaccionó:

—No me alegrará, Pedro. No. —Y prestó salió de la celda para llamar al médico, el profesor de medicina Francisco Castañeda.

—¡Eh, Castañeda, que se nos muere el Rey Chiquito!

Entró el médico y el prisionero niño, poniendo una honda melancolía en su voz, le preguntó:

—¿Habrá paz en esta ciudad, señor?

El médico rió con ironía, diciendo:

—Se llama La Paz, pero vamos... no se la ve por ningún lado, ni mismo eres víctima de la guerra.

—Un día triunfarán los míos, señor...

Y calló, con tristeza y dicreción. ¿A qué hablar más con los enemigos?

—Ellos, acaso... Pero tú estás grave, Pedrito...

Salieron médico y Auditor de la celda y se

plo y escarmiento a los rebeldes". ... ¿La habéis oído?

El médico y el Auditor Fermín Escudero acataron la orden del Comandante.

Y así fue cumplido al día siguiente, cinco de agosto de mil setecientos y ochentium años, en la plaza de esta Ciudad de Nuestra Señora de La Paz, en donde "fue practicada la orden y colgado hasta que fue naturalmente muerto". "Así mismo decuartizado".

La luna manchada de sombras siguió alumbrando muchísimas noches más el cerco de Tupac Katari. Pero ya no volvió más a ocupar un puesto de segundo el héroe indio de esta historia que es verídica, documentada y real.

El Rey Chiquito no fue una leyenda. Su vida y su coraje le arrebataron su aureola al retirado legendario. El Rey Chiquito fue un niño sacrificado por el anhelo de libertad de sus mayores. Tengasele en la gloria y admíresele por siempre. Los papeles que atestiguan su holocausto existen. ¿Por qué ha de dejársele morir en el olvido total?

La Historia siempre ha mengster de sangre joven.

La luna manchada de sombras alumbró muchísimas noches el cerco de Tupac Katari ...

INDICE

Pagina

Retrato de Javier Marichalar, por Diaz Portilla 9

Cigarrillo ..... " 11

Prólogo ..... " 13

Capítulo I ..... " 19

" II ..... " 27

" III ..... " 31

" IV ..... " 37

" V ..... " 43

" VI ..... " 51

" VII ..... " 55

" VIII ..... " 63

" IX ..... " 73

" X ..... " 77

" XI ..... " 81